



Donando Ando: Cuando la solidaridad también se aprende
“La educación no cambia el mundo; cambia a las personas que van a cambiar el mundo.”

Paulo Freire

Hay recuerdos escolares que el tiempo termina difuminando. Con los años, pocos logran recitar una fórmula matemática aprendida en la adolescencia o recordar con precisión una fecha histórica estudiada para un examen. Sin embargo, existen experiencias que permanecen intactas en la memoria porque dejan una huella mucho más profunda que cualquier contenido académico. Un abrazo inesperado, la conversación con alguien cuya historia transformó la perspectiva frente a la vida o el descubrimiento de que un gesto aparentemente sencillo podía cambiar el día —o incluso la existencia— de otra persona, son aprendizajes que no caben en un boletín de calificaciones, pero que acompañan al ser humano durante toda su vida.

La escuela suele ser recordada por aquello que enseña, pero también debería serlo por aquello que despierta. Después de todo, como todos saben, educar no consiste únicamente en transmitir conocimientos; significa formar personas capaces

de comprender el mundo, de relacionarse con él de manera responsable y de reconocer que cada acción individual tiene consecuencias sobre la vida de los demás. La excelencia académica y la formación en habilidades sociales no son caminos paralelos: son dos dimensiones inseparables de una misma misión educativa.

Con esa convicción nació Donando Ando, un programa que desde hace más de doce años forma parte de la identidad del Colegio Bilingüe Campestre Principado de Mónaco. Aunque suele describirse como una iniciativa de servicio comunitario, esa definición resulta insuficiente. Donando Ando es, ante todo, una propuesta pedagógica que entiende la solidaridad no como una actividad ocasional ni como una campaña asistencialista, sino como una experiencia de aprendizaje.

Cada año, estudiantes, familias, docentes, directivos y colaboradores emprenden un proceso que comienza mucho antes de la entrega de una ayuda material.

Investigan la realidad de una comunidad, conocen su contexto, analizan las causas de determinadas problemáticas, organizan campañas de sensibilización, clasifican donaciones y preparan cuidadosamente cada detalle logístico. Sólo entonces llega el encuentro con las personas beneficiarias. Y es, precisamente, allí donde ocurre lo más importante: la donación deja de ser un acto unilateral para convertirse en un diálogo entre seres humanos que se reconocen mutuamente desde la dignidad, el respeto y la empatía.

Esa diferencia resulta fundamental. En Donando Ando no se pretende formar jóvenes que donen una vez al año; se busca formar ciudadanos que comprendan que el servicio puede convertirse en una forma permanente de habitar el mundo. Por ello, el verdadero éxito del programa nunca ha dependido del número de mercados entregados, de los kilos de alimentos recolectados o de la cantidad de beneficiarios alcanzados. Su impacto más profundo ha ocurrido siempre en un lugar mucho menos visible: en la transformación interior de quienes participan en la experiencia.

Desde la primera edición, el programa contó con el acompañamiento de la Fundación Internacional María Luisa de Moreno, cuya participación ha sido decisiva para consolidar la propuesta educativa que hoy representa Donando Ando. Más que respaldar una campaña solidaria, la Fundación aportó una comprensión mucho más amplia del servicio, del voluntariado y de la responsabilidad social. Gracias a esa alianza, el colegio comprendió que una donación verdaderamente transformadora exige preparación, conocimiento de las comunidades, respeto por su cultura y la convicción de que quien sirve también aprende.



Esta perspectiva permitió superar una visión tradicional de la ayuda social. La experiencia dejó de centrarse exclusivamente en aquello que podía entregarse para concentrarse, sobre todo, en aquello que podía aprenderse. Los estudiantes descubrieron que las comunidades no son escenarios donde alguien llega a solucionar problemas, sino espacios donde es posible escuchar, comprender y construir relaciones basadas en la reciprocidad. En otras palabras, comprendieron que el servicio comienza cuando desaparece la idea de superioridad y aparece el reconocimiento de la igualdad esencial entre las personas.

Con el paso de los años, esta manera de entender el voluntariado terminó convirtiéndose en uno de los rasgos distintivos del programa. Cada edición fue enriqueciendo una cultura institucional en la que el compromiso social se incorporó a la vida cotidiana del colegio. Poco a poco, Donando Ando dejó de ser únicamente un proyecto anual y empezó a convertirse en una expresión concreta de la identidad principista.

La transformación podía observarse al finalizar cada jornada. Los estudiantes regresaban al colegio con cajas vacías, pero con preguntas nuevas. Las conversaciones durante el camino de regreso ya no giraban alrededor de la logística de la actividad ni de la cantidad de ayudas entregadas; hablaban de las personas que habían conocido, de las historias escuchadas y de las desigualdades descubiertas. Comprendían que detrás de cada estadística existen rostros concretos, sueños, dificultades y esperanzas muy similares a las propias. Aquella reflexión silenciosa era, probablemente, el aprendizaje más importante de toda la experiencia.

John Dewey sostenía que la educación no consiste en prepararse para la vida, sino que la educación es la vida misma. Pocas ideas describen mejor el espíritu de Donando Ando. Las competencias ciudadanas difícilmente se desarrollan únicamente a través de clases magistrales o lecturas escolares. Necesitan experiencias capaces de interpelar al estudiante, de cuestionar sus certezas y de ampliar su comprensión de la realidad. Solo entonces el conocimiento deja de ser información para convertirse en sabiduría.

Durante más de una década, cientos de niños y jóvenes han descubierto que Colombia puede conocerse también a través del servicio. Cada nueva edición del programa ha abierto una ventana distinta hacia el país y ha permitido comprender que la solidaridad —o, mejor aún, la corresponsabilidad— adopta múltiples formas según las circunstancias de las personas y los territorios. En ocasiones significó acompañar a estudiantes de instituciones educativas con escasos recursos; en otras, compartir una tarde con adultos mayores que enfrentaban la soledad; algunas veces

implicó tender la mano a comunidades indígenas, a familias migrantes o a poblaciones afectadas por desastres naturales. Todas esas experiencias fueron diferentes entre sí, pero compartieron un mismo propósito: enseñar que la dignidad humana no depende de las condiciones materiales, sino de la manera como somos capaces de reconocernos unos a otros.

Quizá esa sea la razón por la cual, al hablar de Donando Ando, resulta insuficiente enumerar campañas, cifras o beneficiarios. Su historia no puede contarse únicamente a través de resultados cuantificables, porque su mayor legado pertenece al ámbito de aquello que rara vez aparece en los informes institucionales: la formación de una sensibilidad capaz de permanecer mucho después de que termina cada jornada.

Fue, precisamente, esa búsqueda la que, casi sin proponérselo, condujo al programa hacia un descubrimiento inesperado. Año tras año, al cambiar de comunidades, de paisajes y de desafíos, Donando Ando terminó recorriendo mucho más que distintos lugares del territorio nacional. Comenzó a recorrer las múltiples Colombias que conviven dentro de un mismo país, revelando a sus estudiantes que cada región, cada comunidad y cada historia constituían una nueva lección sobre el significado de vivir juntos.

Un viaje por Colombia a través de la solidaridad

“Viajar sirve para ajustar la imaginación a la realidad y para ver las cosas como son, en lugar de pensar cómo deberían ser.”

Samuel Johnson

Con el paso de los años, ocurrió algo que nadie había previsto cuando nació Donando Ando. El programa dejó de ser únicamente una experiencia de servicio comunitario para convertirse en un recorrido por las múltiples realidades de Bogotá, Cundinamarca y Colombia. Cada nueva edición representó una estación diferente de ese viaje; cada comunidad abrió una ventana distinta cargada de historias, culturas, desafíos y esperanzas profundamente diversas.

Fue, allí, cuando la comunidad principista comprendió que el verdadero patrimonio del programa no estaba únicamente en las ayudas entregadas, sino en la oportunidad de aprender a mirar. Porque educar la mirada constituye uno de los desafíos más importantes de cualquier escuela. Antes de transformar el mundo, es necesario aprender a verlo.

Ese aprendizaje comenzó muy cerca de casa. La primera versión de Donando Ando en el 2013 llevó a los estudiantes a compartir con niños de una institución educativa oficial en la localidad de Bosa. Para muchos fue la primera ocasión en que comprendieron que dos estudiantes de la misma edad podían recorrer caminos muy distintos dependiendo de las oportunidades que la vida hubiera puesto frente a ellos. Hasta entonces, palabras como “desigualdad” o “equidad” pertenecían al lenguaje de los libros; después de aquella experiencia, comenzaron a tener nombres, rostros e historias concretas.

Aquella jornada dejó una enseñanza silenciosa pero perdurable. Los privilegios que muchas veces parecen naturales —un salón dotado, acceso a recursos tecnológicos o materiales escolares suficientes— dejaron de percibirse como algo obvio. Más importante aún, los estudiantes comprendieron que la educación de calidad no depende exclusivamente de la infraestructura o de los recursos disponibles, sino del compromiso de quienes creen que aprender puede transformar la vida de una persona.

En la siguiente edición, 2014, el viaje condujo a un escenario completamente distinto: los hogares geriátricos de Cundinamarca. Allí, no fueron las carencias materiales las que ocuparon el centro de la experiencia, sino la necesidad de compañía. Muchos estudiantes llegaron pensando que encontrarían personas esperando ayuda; regresaron descubriendo que habían recibido una de las lecciones más valiosas de su formación.

Escuchar historias de vida, compartir una conversación sin prisa o, simplemente, permanecer junto a alguien durante una mañana permitió comprender que la soledad constituye una forma de vulnerabilidad tan profunda como cualquier necesidad económica. La vejez dejó de ser entendida como una etapa de fragilidad para convertirse en un espacio de memoria, sabiduría y gratitud. Aquellos encuentros enseñaron que algunas de las donaciones más importantes no pueden empacarse en una caja: se expresan en el tiempo compartido, en la escucha atenta y en el reconocimiento de la dignidad de quienes han dedicado toda una vida a construir el camino de las generaciones más jóvenes.

La siguiente edición, en el 2015, llevó a la comunidad educativa a encontrarse con personas en condición de discapacidad. Se trabajó con 4 fundaciones en Cundinamarca, que atienden autismo y síndrome de down, entre otras. También, allí, el aprendizaje superó ampliamente cualquier expectativa inicial. Más que entregar ayudas, la experiencia invitó a desmontar prejuicios profundamente arraigados. Poco a poco fue quedando claro que las verdaderas barreras se

encuentran en las actitudes de una sociedad que todavía confunde diferencia con incapacidad.

Aquel encuentro permitió comprender que la inclusión no consiste en ofrecer espacios especiales para algunos, sino en construir comunidades donde todas las personas puedan participar plenamente desde sus capacidades. Fue una lección de ciudadanía que difícilmente habría podido aprenderse únicamente entre las paredes de un salón de clase.

En 2016, el terremoto que sacudió la costa ecuatoriana abrió un capítulo diferente en la historia del programa. Por primera vez, Donando Ando dirigió su mirada más allá de las fronteras nacionales. La tragedia movilizó una inmensa ola de solidaridad en toda la región y la comunidad principista decidió sumarse a ese esfuerzo colectivo.

La distancia geográfica dejó de tener importancia. Los estudiantes descubrieron que el sufrimiento humano no reconoce nacionalidades y que la empatía tampoco debería hacerlo. Comprendieron que, cuando una tragedia golpea a una comunidad, lo verdaderamente importante no es el lugar donde ocurre, sino la capacidad que se tiene para responder como miembros de una misma humanidad.

Si aquella experiencia amplió el horizonte geográfico del programa, el encuentro con la comunidad Wayuu amplió su horizonte cultural. En el 2017, viajar a La Guajira significó descubrir una Colombia que, para muchos estudiantes, resultaba desconocida. Allí, comprendieron que la riqueza de un país no se mide únicamente por sus recursos naturales o por el crecimiento de su economía, sino también por la diversidad de pueblos, lenguas y tradiciones que conforman su identidad.

La convivencia con la comunidad Wayuu permitió acercarse a una realidad marcada por enormes desafíos relacionados con el acceso al agua, la alimentación, la salud y la educación. Sin embargo, la experiencia también mostró una extraordinaria fortaleza cultural, una profunda relación con el territorio y una manera distinta de entender la vida comunitaria. Así, los estudiantes descubrieron una riqueza humana que los libros difícilmente pueden transmitir.

Para el 2018, Colombia comenzó a vivir uno de los fenómenos migratorios más significativos de su historia reciente. Miles de familias venezolanas cruzaron la frontera buscando la posibilidad de reconstruir sus vidas. En medio de un contexto, donde con frecuencia predominaban el miedo y los prejuicios, Donando Ando decidió mirar primero a las personas antes que a las circunstancias económicas.

Las historias que los estudiantes escucharon hablaban

de hogares abandonados, profesiones interrumpidas, proyectos suspendidos y familias obligadas a comenzar de nuevo en un país desconocido. Aquellos relatos permitieron comprender que la migración no es únicamente un fenómeno estadístico ni un tema de debate público; es, sobre todo, una experiencia profundamente humana que pone a prueba la capacidad de una sociedad para acoger, comprender y acompañar.

El viaje continuó, para la edición 2019, se volvió la mirada hacia las comunidades campesinas del municipio de Cota. Aquella decisión recordó que no siempre es necesario recorrer largas distancias para descubrir realidades que merecen ser conocidas. A pocos kilómetros de la ciudad, viven hombres y mujeres cuyo trabajo sostiene buena parte de la alimentación de millones de personas y cuya labor suele pasar inadvertida para quienes gozan diariamente de sus frutos.

Reconocer el esfuerzo de los campesinos permitió valorar el vínculo profundo que existe entre el campo y la ciudad. Los estudiantes comprendieron que el desarrollo sostenible comienza también por dignificar el trabajo rural y fortalecer las comunidades que garantizan nuestra seguridad alimentaria.

Entonces llegó un desafío inesperado para el mundo entero.

La pandemia transformó radicalmente la vida cotidiana y obligó a replantear la manera cómo las personas se relacionaban entre sí. También Donando Ando tuvo que reinventarse. Las jornadas presenciales dejaron paso a nuevas formas de acompañamiento y la comunidad educativa descubrió que servir no depende exclusivamente de la cercanía física.

En medio del aislamiento, la solidaridad encontró otros caminos. La creatividad reemplazó las limitaciones impuestas por la distancia y el compromiso permaneció intacto. Aquella etapa enseñó que la esencia del programa nunca había estado en el formato de las actividades, sino en la disposición permanente para cuidar de los demás, incluso en circunstancias extraordinarias.

Cuando parecía que el país comenzaba a recuperarse, nuevas emergencias volvieron a poner a prueba esa convicción. En el 2022, las inundaciones afectaron gravemente al municipio de La Virginia, en Risaralda, y movilizaron nuevamente a la comunidad principista. Las imágenes de familias que habían perdido prácticamente todo recordaron que el cambio climático y los desastres naturales representan desafíos cada vez más frecuentes para nuestras comunidades.

Responder a esa situación significó comprender otra dimensión del compromiso ciudadano: la capacidad de actuar con rapidez cuando otros atraviesan momentos de profunda vulnerabilidad. Los estudiantes entendieron que la solidaridad también exige organización, responsabilidad y sentido de oportunidad.

Sin embargo, todo viaje termina enseñando que, a veces, las mayores oportunidades para transformar la realidad se encuentran mucho más cerca de lo que imaginamos. Después de recorrer distintos rincones del país, Donando Ando volvió la mirada hacia la comunidad que ha acompañado el crecimiento del colegio: el municipio de Cota. Aquella decisión no representó un cambio de rumbo, sino una evolución natural del programa. Porque servir también significa reconocer las necesidades del territorio que habitamos y asumir la responsabilidad de contribuir a su bienestar.

Durante tres años consecutivos, ese compromiso adquirió rostros diferentes, pero conservó un mismo propósito. En 2023, el encuentro con madres cabeza de familia permitió valorar la fortaleza silenciosa de mujeres que sostienen sus hogares con enorme esfuerzo y resiliencia. En 2024, la experiencia junto a personas en condición de discapacidad del municipio reafirmó que una sociedad verdaderamente incluyente se construye derribando barreras, más que levantando ayudas. Finalmente, en 2025, el programa acompañó a la población vulnerable de Cota, recordando que la solidaridad no siempre exige recorrer grandes distancias; en ocasiones basta con mirar con mayor atención el entorno más cercano para descubrir oportunidades de servir. Así, Donando Ando comprendió que el sentido de comunidad comienza precisamente donde se vive y que el compromiso con la transformación social también se cultiva fortaleciendo los vínculos con quienes comparten el mismo territorio.

Cada una de estas experiencias fue distinta. Cambiaron los paisajes, las personas, los idiomas, las necesidades y las formas de acompañar. Sin embargo, todas estuvieron unidas por una misma convicción. Detrás de cada problema social, existen seres humanos que desean exactamente lo mismo que cualquier persona: vivir con dignidad, ser escuchados y encontrar oportunidades para construir un mejor futuro.

Vista en perspectiva, la historia de Donando Ando puede leerse también como una forma distinta de recorrer Colombia. No el país de los mapas escolares ni el de las estadísticas oficiales, sino el país de las personas. El de las comunidades indígenas que preservan su identidad, el de los adultos mayores que conservan la memoria colectiva, el de los campesinos

que alimentan las ciudades, el de quienes han debido abandonar su hogar para empezar de nuevo, el de las familias que resisten las consecuencias de una tragedia natural y el de miles de ciudadanos que, a pesar de las dificultades, continúan creyendo en la posibilidad de construir un futuro mejor.

Sin proponérselo, el programa terminó enseñando una de las lecciones más profundas de toda educación humanista: Colombia no es una sola realidad. Es una suma de múltiples Colombias, todas igualmente valiosas, todas igualmente dignas de ser conocidas y comprendidas.

Y esa nueva mirada es, precisamente, el punto de partida para comprender por qué la solidaridad puede enseñarse y por qué la escuela tiene la responsabilidad de convertirla en una experiencia formativa. Esa es la reflexión que da sentido a todo el camino recorrido y que constituye el verdadero legado educativo de Donando Ando.



Cuando la educación también transforma la manera de mirar el mundo

Hasta aquí, la historia podría leerse como el relato de un programa de servicio social que, durante más de una década, ha acompañado a comunidades diversas en distintos lugares de Colombia. Sin embargo, esa interpretación sería incompleta. Las campañas, las donaciones y los encuentros han sido solamente el medio. El verdadero propósito siempre ha sido otro: formar personas capaces de comprender que vivir en sociedad implica reconocer la existencia del otro y asumir una responsabilidad frente a ella.

Quizá esa sea una de las preguntas más profundas que puede hacerse cualquier institución educativa: ¿qué se espera que permanezca en un estudiante cuando hayan pasado veinte o treinta años desde su graduación?

Es probable que, con el tiempo, olvide muchas de las lecciones aprendidas en el aula. No obstante, existen

experiencias que permanecen porque transformaron la manera de comprender el mundo. Son esas vivencias las que terminan moldeando la forma de relacionarse con otras personas, de ejercer el liderazgo, de asumir responsabilidades y de tomar decisiones. La sociedad necesita ingenieros competentes, médicos brillantes y científicos rigurosos, pero también necesita ciudadanos capaces de actuar con empatía, de dialogar con quienes piensan distinto y de comprender que el bienestar propio nunca puede construirse sobre la indiferencia hacia los demás.

Ese ha sido el mayor aporte de Donando Ando. No ha pretendido enseñar la solidaridad como un discurso moral, sino como una práctica cotidiana. Cada edición ha invitado a los estudiantes a formular preguntas antes de ofrecer respuestas, a escuchar antes de actuar y a comprender antes de intervenir. En ese proceso, descubren que servir no significa asumir el papel de quien resuelve los problemas de otros. Por el contrario, significa reconocer que todas las personas tienen algo valioso que aportar y algo importante que enseñar.

La filósofa Martha Nussbaum sostiene que ninguna democracia puede fortalecerse sin ciudadanos capaces de imaginar la vida desde la perspectiva de otras personas. Esa capacidad, que suele llamarse empatía, no aparece espontáneamente. Debe cultivarse desde la infancia mediante experiencias que permitan reconocer la diversidad humana no como una amenaza, sino como una riqueza.

Tal vez por eso, al recorrer la historia del programa, resulta evidente que el verdadero protagonista nunca fueron las campañas. Tampoco fue el colegio. El gran protagonista ha sido Colombia. La Colombia cotidiana: la de los niños que sueñan con estudiar, la de los campesinos que cultivan la tierra, la de los pueblos indígenas que conservan su identidad, la de los adultos mayores que custodian la memoria, la de quienes debieron abandonar su hogar para comenzar de nuevo y la de las comunidades que, incluso después de una tragedia, encuentran razones para reconstruirse.

Esa Colombia diversa ha sido el aula más grande que ha tenido Donando Ando.

Sin haberlo planeado expresamente, el programa terminó dialogando con algunos de los grandes desafíos que hoy preocupan a la humanidad. Cada experiencia invitó a reflexionar sobre las desigualdades sociales, sobre la importancia de garantizar oportunidades para todos, sobre la necesidad de construir comunidades más incluyentes y sobre el enorme valor de las alianzas entre instituciones, familias y organizaciones comprometidas con el

bien común. De esa manera, la práctica cotidiana de la solidaridad se convirtió también en una forma concreta de contribuir a los principios que inspiran los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS).



Donando Ando apenas comienza

Mirar hacia el futuro implica asumir nuevos retos. El contexto social cambia con rapidez y las necesidades de las comunidades evolucionan constantemente. Sin embargo, la esencia del programa permanece intacta. Más que aumentar el número de campañas o ampliar el alcance geográfico, el desafío consiste en seguir formando generaciones de jóvenes que comprendan que el liderazgo auténtico siempre está acompañado por un profundo sentido de responsabilidad social.

Ese horizonte abre posibilidades esperanzadoras. Fortalecer proyectos de aprendizaje-servicio, estrechar vínculos con universidades, organizaciones sociales, empresas y entidades públicas, impulsar iniciativas lideradas por los propios estudiantes y compartir la experiencia con otras instituciones educativas son caminos que permitirán seguir enriqueciendo un proyecto que ha demostrado su capacidad para transformar vidas.

Pero quizá la aspiración más importante sea otra. Que Donando Ando deje de ser visto únicamente como una

experiencia exitosa del Colegio Bilingüe Campestre Principado de Mónaco y pueda convertirse en una invitación para que otras escuelas descubran que la formación ciudadana no constituye un complemento del currículo, sino una de las expresiones más profundas de la educación.

Al mirar hacia atrás, resulta inevitable recordar los lugares recorridos, las comunidades visitadas y los miles de gestos generosos que han acompañado la historia del programa. Sin embargo, el verdadero legado de Donando Ando no se encuentra en las cajas entregadas, en las fotografías de cada jornada ni en las cifras acumuladas durante estos años. Su herencia más valiosa vive en las personas.

Vive en el estudiante que descubrió que escuchar puede ser tan importante como hablar. En la familia que comprendió que educar también significa servir. En el docente que encontró una nueva manera de conectar el aprendizaje con la realidad. En cada aliado que decidió sumar esfuerzos convencido de que la transformación social siempre comienza cuando alguien da el primer paso.

Lo que permanecerá será mucho más importante. Permanecerá la forma en que cientos de niños y jóvenes aprendieron a mirar a los demás. Permanecerá la convicción de que el liderazgo encuentra su sentido cuando se pone al servicio de la comunidad. Permanecerá la certeza de que una sociedad más humana no se construye únicamente desde los grandes discursos o las políticas públicas, sino también desde los pequeños gestos cotidianos que nacen en una escuela y acompañan a una persona durante toda su vida.

Pero, cuando una institución educativa consigue sembrar en una generación la idea de que servir también es una manera de vivir, deja de preparar únicamente para el futuro. Empieza, silenciosamente, a construirlo.



Articulación con eje Temático No. 2

Con todo lo anterior, el programa Donando Ando se articula de manera directa con el Eje 2 del Plan Educativo Municipal: Trayectorias Educativas y Desarrollo para la Vida, al constituirse en una experiencia pedagógica que trasciende el aprendizaje académico y fortalece el desarrollo integral de los estudiantes.

A través del contacto con diversas comunidades y realidades sociales, el programa promueve habilidades socioemocionales como la empatía, la comunicación, el trabajo colaborativo y la resolución de problemas, al tiempo que fortalece el sentido de ciudadanía, la responsabilidad social y la construcción de un proyecto de vida comprometido con el bien común.

Estas experiencias permiten que los estudiantes desarrollen competencias esenciales para afrontar los retos de la vida personal, social y futura inserción laboral, formando ciudadanos sensibles, críticos y capaces de liderar procesos de transformación positiva en sus comunidades.

En este sentido, Donando Ando aporta al fortalecimiento de las trayectorias educativas al generar experiencias significativas de aprendizaje que favorecen la permanencia escolar mediante el desarrollo del sentido de pertenencia, la participación activa y el compromiso con el entorno.

Citas bibliográficas

- Boswell, J. (1791). The Life of Samuel Johnson.
- Dewey, J. (1897). My Pedagogic Creed. The School Journal, 54(3), 77–80.
- Dewey, J. (1916). Democracy and Education. Macmillan.
- Freire, P. (1970). Pedagogía del oprimido. Siglo XXI Editores.
- Nussbaum, M. C. (2011). Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades. Katz Editores.